

EXCELSIOR

# "Trampas" en el Metro de B. Aires

- ★ Un Agente Vigiló Siete Horas Seguidas
- ★ El Infractor: un Gitano Cerrajero
- ★ Un Gerente Había Imprimido sus Boletos

Por IGNACIO AGUILAR, de la Agencia EFE

No hay nada que hacer: el hombre es el rey de la creación y a lo largo de la historia ha superado a cualquier otro mamífero en ingeniarise —a veces extraordinariamente— para superar dificultades. Quien no lo crea, puede preguntarle a los congéneres que viajan ufana —e ilegalmente— gratis en los trenes subterráneos o "metro" de Buenos Aires.

Todo un cuerpo especializado de sabuesos llega a mordearse los codos de impotencia ante la picardía desplegada en incesante creatividad de trucos que merecerían patentes en el registro de inventos.

Con cinco líneas de "subterráneos" —o "subte", como dicen los bonaerenses— y un promedio diario de 800,000 pasajeros, los sabuesos, munidos de sofisticados aparatos, llegan a enloquecer tratando de detectar a los polizontes, especialmente en épocas de crisis como la actual. Revanchistas, quizá, por tener que apretarse en los vagones como sardinas en latas.

El cuerpo de "agentes secretos del subte" padece una anomalía para los supersticiosos, empezando por ellos mismos: consta de 13 miembros, incluyendo al jefe supremo. Pese a infortunios y rabieta cotidianas, si bien no siempre tienen mucho éxito, tienen al menos apodo: "Los jinetes de Mackenzie", por una serie televisiva.

Uno de los "jinetes" debió permanecer montado sobre sí mismo durante siete horas, arrodillado en un cuartucho húmedo de una de las estaciones, provisto de paciencia, vamos y de un largavista infrarrojo observando los molinetes donde el público deposita las "cóspeles" que los franquean. ¡Hasta que descubrió al pillo, aléluya! Claro que luego el 007 (el público, siempre tan vulgar, denomina aquí, desde antiguo y a cualquier tipo de inspectores, "chanchos") debió sacar un croquis de su cuerpo para reordenar sus pobres huesos.

El "delincuente" era un gitano que, por casualidad, trabajaba en una cerrajería, y en vez de pagar en caja el precio de las monedas, "tomaba prestadas" de su empresa unas arandelas que, por fortuna, coincidían en peso y grosor. Cuando las hueses del "metro" hicieron un arqueo de tales arandelillas de lata, se encontraron con que eran unas tres mil. Ras-

cándose las cabezas durante horas, con una febril computadora de modestos lápices, y luego de muchas evaluaciones, los "intocables" del metro sufrieron un fognazo engeuecedor en sus exigidos cerebros. ¡Pardiez, rayos, centellas, car... amba, coniferas! Este gitano no pudo haber pasado cien veces por día en el "breve lapso" en que el "delito" había sido "detectado". Sometido por las autoridades policiales a un "severo interrogatorio", el gitano se comportó como un idem legitimo: no delató a ninguno de los "integrantes de la pandilla", y mastició y tragó sus arandelas con hambre y estoicismo. "Er calavera no chilla", dijo —cuando pudo hacerlo— con aire de señorío.

★

El infractor fue enviado a la galería carcelaria reservada a los D.E. (defraudaciones y estafas), y, con toda seguridad, debe haberse convertido ya en un maestro del género frívolo del hampa.

Pero los Sean Connery del "subte" señalan al reportero que no pueden describir los aparatos de espionaje, porque se trata de un asunto "top-secret", o sea, secreto.

Aparte, sus 26 brazos no dan abasto con tanto perdulario que intenta estirar el sueldo. Lo raro del caso es que el 80 por ciento de los infractores descubiertos son ejecutivos, especialmente industriales del sector metalúrgico, quizá en son de venganza por tener que estacionar sus automóviles lejos de su destino debido al maremagnum del tránsito en superficie.

Otro apresado era funcionario del Banco Central, el

supervigía de las finanzas nacionales. Claro que, en una ocasión, un señor por esas distracciones de un mal día, equivocó su tacto en el bolsillo y depositó una libra esterlina de oro verdadera! en la ranura.

Otro de los pocos prisioneros atrapados era un meticoloso gerente de una empresa editora. Para su uso personal había impreso —en serie— valiosos incunables a fin de circular libremente bajo la monstruosa Buenos Aires. Con su aire culto y magnífico, al llegar a la barrera del molinete, sacaba elegantemente su mano del bolsillo y luego introducía, en la ranura, como con desdén, unos redondos cartonitos engrosados con cinta engomada, y, milagro del cielo, los dispositivos se abrían de par en par, dando paso a su señoría al andén. Su sexto sentido le permitió oler el acecho de "los hombres del rifle". Cambió la cinta engomada por rebabas de hojalatería. "Ya nos estábamos volviendo locos, locos —exclama un Caballero de la Tabla de Trece con voz chillona, al borde del "surmenage". Hasta que le pusimos calibre magnético, y cayó. Había pasado gratis ¡dos mil veces!, aulla el honorable funcionario.

Pero no todo es metal en este mundo: lo que el reportero ha advertido recientemente, es que cada día son más las madres que doblan a sus niños, como colchones y los empujan bajo los brazos del molinete mientras ellas, muy honestas, ponen el "cóspele" legal. En cuanto los infantes crezcan y tengan demasiado pelo quizá los unten con vaselina para viajar en "el subte".

Otro caso resonante fue el de una plantilla completa de empleados —de uno y otro sexo— de una fábrica de botones, que habían diseñado una redondez maravillosa con recortes de huesillo. "Creíamos que la ranura era un ojal", se reían en la comisaría, entre severidad y severidad de la meliflua conversación policial.